

Cuando Jaime llegó á la revuelta del camino de San Martín y ante su vista se extendió el Verpière, extraño ruido llegó á sus oídos, ruido que cualquiera hubiera creído producido por la rueda del molino al ser empujada por la corriente. Y pensó: ¿cómo puede funcionar el molino estando fuera el molinero? Y sin embargo, el sordo zumbido, acompañado por el chapao del agua, llegaba hasta él con persistencia y casi ironía. Apretó el paso, cruzó el prado, y al llegar frente á Campardón se quedó inmóvil y estupefacto. Efectivamente, el molino funcionaba, cosa que no había ocurrido desde hacía una semana. Inmóvil estaba aún, con el paquete de Ceferina á sus pies, y sin darse cuenta de lo que le pasaba, cuando una voz amiga le llamó desde el río:

— ¡Eh! Jaime! ¿Se ha vuelto loco tu molino?
¿Funciona solo?

A través de los sauces y por los juncos del río, distinguió á Bernardo que se dirigía á su encuentro. Mojado por el rocío, con la escopeta al hombro y el zurrón á la espalda, el cazador furtivo silbaba suavemente. Un pachón gris y negro pasaba por los cañaverales como si fuese una zorra y mansamente fué á tenderse entre los dos hombres.

— Cazando ya, — dijo Jaime.

— Los ribereños se quejan de que hay conejos en las orillas del río. Como perjudican, el perro y yo nos ocupamos de ellos.

— ¿Vienes á casa?

— Allí iba. Al oír la rueda he pensado que tú estabas, y al verte me he quedado turulato...

Y cruzando el campo entraron en el molino. Una vez allí el misterio del no acostumbrado trabajo les fué revelado. Sin más vestidura que enaguas y camisolines, cubiertas de polvo y el rostro coloreado por la fatiga, la madre de Siblot y Ceferina, una en la tolva, otra en el cernedor, metían el grano y recibían la harina en sacos. No oyeron entrar á los dos hombres, y, satisfechas, continuaron trabajando metódica y tranquilamente. Largo rato Bernardo y Jaime las estuvieron contemplando, y oyendo el zumbido de las muelas aspiraban con deleite el sano olor del salvado. Instantes después, el molinero se acercó á la pared, atrancó la rueda, y el molino cesó de girar.

— Ahí están Bernardo y Jaime — dijo la madre de este último bajando la escalera de madera del molino. — Ceferina,

ahí está mi hijo con el que esta noche le acompañaba. Si desea hablarles, no puede presentarse mejor ocasión.

Saliendo del cerne-
dor, Ceferina se mos-
tró sin coquetería, ves-
tida con una enagua y
un camisolín de la
madre de Siblot. Es-
taba un poco pálida,
y sus negros ojos pare-
cían aún más grandes
á causa de las ojeras



azules que los rodeaban; y de las recogidas mangas, cubiertos se harina, salían los musculosos brazos. Llevaba el pelo anudado atrás, y la cabeza se sostenía airosamente en el moreno y robusto cuello.

— Yo creo — dijo la vieja — que esa criatura no está acostumbrada á descansar. Apenas hacía un momento que habías salido para recoger sus cosas, ha arreglado la habitación, limpiado la cocina, y luego me ha ayudado á preparar el almuerzo... cuando todo ha estado dispuesto, como no teníamos nada que hacer, me ha preguntado : — ¿ es muy difícil hacer funcionar el molino? — Difícil no, pero es preciso saber. — Si probásemos... Y lo hemos probado... y hace dos horas que el molino da vueltas y tenemos cuatro sacos de harina...

— Ahora voy á poder tenderme panza al sol — dijo Jaime no sin cierta amargura, — pues en casa habrá dos mujeres que trabajarán por mí...

— Hijo mío, nadie impedirá que tomes parte en el trabajo, si tienes la buena ocurrencia de solicitarlo. Mejor será que te dediques á moler el trigo que á correr por los bosques y por el río con Bernardo...

— Por esta vez no tiene usted razón — interrumpió El Nutria — pues si Jaime y yo no hubiésemos pasado la noche en el Verpière, esta personita no la estaría ayudando ahora...

— Es cierto — dijo Ceferina, — y les doy las gracias por haber acudido en mi socorro. En un principio lo sentí porque estaba decidida á concluir con la vida...

pero después de haber reflexionado y de haber oído los consejos de esta buena mujer, tengo vergüenza de mí misma, y estoy sinceramente agradecida á los que me sacaron del agua...

— Pues todo va á pedir de boca, — exclamó Jaime con satisfacción, — ahí traigo lo que para usted me han dado en casa de Thiriot.

Al oír este nombre la joven enrojció, y sus labios temblaron como si fuese á dirigir una pregunta al molinero. Invencible temor le cortó la palabra, y enmudeciendo, quedóse inmóvil; pero Jaime había adivinado su curiosidad y se propuso satisfacerla.

— Como debe suponer — dijo — en el *Sol de Oro* estaban con el alma en un hilo. Thiriot acababa de enterarse de que no estaba usted allí, y no sabía contra quien tomarla, si contra su hija, Doublet ó los parroquianos...

Ceferina palideció pero no hizo el menor movimiento.

— Creo — siguió diciendo Jaime — que iba á prevenir á los gendarmes para que la buscasen cuando he llegado yo... Thiriot se ha puesto lívido, Gloria ha empezado á llorar, y en cuanto á Doublet, ¡ oh ! Doublet ha querido pegarme.

— ¿ Pegarte Doublet ? — interrumpió El Nutria apretando los puños. — ¡ Maldito !...

— Pero qué quiere usted, Ceferina, yo ya estaba mal dispuesto contra ese gigantón por lo que mi madre me había contado de su conducta... y así, cuando ha querido chillar

no se lo he tolerado y le he zumbado la pandereta á mi manera...

— ¿ Te ha herido ? — preguntó con viveza la madre del joven. — ¡ Ah ! Jaime, ya sabes lo mucho que las peleas me horrorizan.

— ¡ Y Pedro Doublet es tan fuerte ! murmuró Ceferina con un resto de temerosa admiración.

— Pues ya no haré pinitos conmigo — replicó Jaime con rudeza. — Le he obligado á medir el santo suelo con su cuerpo... Los hombros del famoso herrero se han hundido en el polvo .. y Gloria estaba allí, como en el teatro. Ahora ya sabe lo que pesa su pretendiente. ¡ algo menos que un saco de doscientos !... Me lo han quitado de las manos, si no, al pensar en lo que le ha hecho, le hubiera estrangulado.

— No diga esas cosas, Jaime — murmuró Ceferina sonriendo con tristeza. — Si por mi entrada en su casa tuviese que tener disgustos, me marcharía en seguida...

— ¿ Y á dónde iría ? — preguntó la madre con aspereza. — Usted misma me ha dicho que no sabía qué hacer, que se encontraba sin rumbo... No, no, la Providencia la ha traído al molino de Campardón... y aquí hay que estar, claro está que si le acomoda, como es justo... Colocación, no le costaría mucho encontrarla, y en cualquier granja de las cercanías la recibirían con los brazos abiertos. Todo el mundo sabe lo que trabaja y...

— ¿ Y si almorzásemos ? — dijo Jaime de pronto. —

En la lumbre hay algo que huele muy bien... Bernardo nos acompañará, ¿verdad madre?

El cazador furtivo ya había dejado la escopeta en un rincón y cuidadosamente se despojaba del zurrón; de él sacó dos conejos que colgó á la pared diciendo :

— Tiene que probarlos, pues esos granujas tienen en la tripa coles de su huerto... En su cercado los he cogido...

Y sonriendo enseñó un puñado de lazos de latón que ocultó bajo su blusa.

— ¿Qué más tienes en el zurrón? — preguntó Jaime.

— Dos faisanes y una liebre que esta noche llevaré al señor Amurat, el alcalde de la ciudad... El domingo viene el subprefecto para la revisión...

— Y entre funcionarios se atracarán de caza en tiempo de veda... ¡Eso es lo que se llama dar buen ejemplo!

— ¿Acaso las leyes se han hecho para esos señores? Para los pobres como nosotros, sí, pero hay que ser justos. Cuando se trata del estómago, los burgueses pagan bien. La *capuchina*, seis francos, y diez las dos *cometas*. Eso es lo que traeré por la noche.

— ¿Y si le cogían?

— ¡Ah! Pues me llevarían á la gendarmería, me impondrían una multa, y tal vez iría á la carcel. No sería la primera vez, Ceferina, — contestó El Nutria con alegría feroz, — pero cuando se está á la sombra, nunca faltan amigos que le lleven á uno tabaco, y el tiempo pasa...

— Bueno, basta ya, — dijo Jaime interrumpiéndole y al ver que Ceferina se ponía triste. — Déjate de historias y á la mesa.

La madre de Siblot colocó la olla, que en el fuego humeaba, en el centro de la mesa, y empezó á servir. El perro de Bernardo se acercó á Ceferina, y colocando la cabeza erizada de rizados pelos sobre las rodillas de la joven, movía el rabo de cuando en cuando para que no le olvidasen por completo. Ceferina, al hallarse en aquella casa desconocida y entre aquellos aventureros, pensaba tristemente en su tranquila existencia de la víspera, tan ordenada, tan igual, tan recta, y tan cruelmente alterada en un minuto. Y la pobre se decía : ¿ Quiénes son esas gentes? ¿ De qué viven? La madre parece una buena mujer, sencilla y honrada, poco dichosa seguramente, y que no debe tener ahorrados ni cuatro duros. El muchacho, valiente, honrado, franco y leal, pero poco regular para el trabajo prefiriendo correr con Bernardo durante la noche que trabajar en el molino durante el día. Y el mismo Bernardo, con su aspecto siniestro, la escopeta siempre al alcance de la mano y acostumbrado á burlar á los guardas ¿ no sería capaz una noche, para que no le cogiesen y le llevasen á la sombra, como decía hace un momento, de disparar su escopeta contra un hombre con la misma facilidad que ha tirado á la liebre y á los faisanes que venderá al notario Amurat para que éste obsequie al subprefecto? ¿ Dónde había ido á parar y qué sería de ella? ¿ Podría

acostumbrarse á su nueva vida aun cuando las condiciones que le hiciesen fuesen aceptables? Dejó de comer, y siguiendo la marcha de sus pensamientos ni siquiera prestaba atención á la alegre charla de los dos hombres que, animados por las frecuentes libaciones de la sidra que espumeaba en los jarros de arcilla, daban rienda suelta á la sin hueso. La voz de Jaime la arrancó á sus dolorosas meditaciones.

— Madre, haga café y denos un poco de aguardiente. Bernardo, enciende tu pipa, digo, si Ceferina permite...

— Estoy acostumbrada al humo del tabaco, — contestó la antigua criada del *Sol de Oro*.

Y se puso en pie para ayudar á la madre de Siblot que levantaba la mesa mientras los dos hombres se envolvían en nubes de humo. El perro parecía menos acostumbrado á los efectos de la nicotina que la joven, pues sacudió la cabeza, estornudó varias veces, y corrió á refugiarse junto el hogar. Los dos hombres discutían con animación, y en sus palabras sonaron varias veces las palabras barca y consumos. La madre de Siblot se inquietó, y aprovechando un momento en que Bernardo se había levantado dijo á su hijo con voz muy baja :

— Supongo que no irás á meterte en un mal paso como la otra vez.

— No tengas miedo, no tengas miedo, — respondió evasivamente el molinero.

— Jaime, hijo mío, tú no me hablas con franqueza, — gimió la pobre mujer.

Siblot indicó á su madre que callase ante Ceferina, pero la pobre anciana, encogiéndose de hombros, repuso :

— No, ella no te hará traición. No es eso lo que debemos temer.

— Bueno, Jaime, — dijo El Nutria volviendo á la mesa; — ¿vamos?

Y apurando de un trago el vaso de aguardiente, se colgó el zurrón á la espalda, la escopeta al hombro, y silbando al perro se volvió para saludar á las dos mujeres.

— Salud — las dijo; — salud y hasta más ver.

Y mirando á su compañero, añadió con imperiosa entonación :

— Te espero junto al río, no te entretengas.

Sin perder momento, Jaime se calzó las polainas de cuero y cogió un pesado bastón de puntiaguda y fuerte contera. Su madre intentó retenerle, pero desprendiéndose bruscamente se caló un sombrero de fieltro que la lluvia y el sol habían enrojecido y dijo :

— Vamos, hasta luego, y dejémonos de tonterías.

Saludó con la mano á Ceferina, y bajando rápidamente la escalera del molino desapareció. Quedáronse solas las dos, y la madre, con la pasiva resignación de las mujeres acostumbradas á obedecer, se puso á fregar los platos en silencio, Ceferina los secaba á medida que salían del agua, y así trabajaron por espacio de un cuarto de hora. Cuando todo estuvo en orden fueron á

sentarse junto á la ventana, y desde allí contemplaron el sol que inundaba el cercado. La madre de Siblot hacía medias de lana, y Ceferina la dijo :

— ¿ No tiene nada para que lo haga? Mano sobre mano me aburro.

— Ya se ve que en el *Sol de Oro* no la enseñaron á estar con los brazos cruzados. Allí no paraba usted un momento...

— La felicidad se encuentra en el trabajo...

La anciana suspiró, y mirando tristemente á la joven repuso :

— Preciso será que repita estas palabras á Jaime y que se esfuerce para que las crea.

Después de un momento de silencio Ceferina preguntó :

— ¿ No es juicioso el molinero?

— ¡ Ah! No es malo, y sería incapaz de hacer daño á una mosca, pero le gusta el aire libre y no puede encerrarse aquí para ejercer su oficio. No puede remediarlo, tiene que salir. Además, Bernardo le arrastra... ¡ Es un mal compañero para él!

— ¿ Por qué le permite que venga al molino? ¿ No es usted la dueña?

— Tampoco debo contrariar á Jaime para que vaya á esperar á su amigo en la taberna en vez de que le espere aquí. Ya ve usted, hija mía, en casa beben lo que yo les doy, y fuera toman lo que quieren darles, que á buen seguro no es cosa buena.



— ¿ No tiene nada para que le haga?
Mano sobre mano me aburro (pág. 226).

— Sin embargo, su hijo es un buen obrero...

— Si quisiese hacer lo que hacía en otros tiempos, eso es, no salir más que un rato por la noche para distraerse honradamente con algunos amigos, seríamos más ricos de lo que somos... Pero el molino no muele y el propietario empieza á demostrar impaciencia para que se le pague... eso, sin contar que los guardas se quejan continuamente del Nutria y de Jaime, de manera que, una de estas mañanas nos enviará al alguacil y á un tiempo se desprenderá de un mal inquilino y de un cazador furtivo... Antes de conocer á Bernardo, Jaime trabajaba... Ahora, se pasea y merodea... ¡ Dios sabe lo que van á hacer con el barco! Sin duda entrarán de matute algunas barricas de alcohol, para el expendedor del arrabal... ¡ Es una desgracia! Yo le aseguro que ese muchacho tiene un corazón de oro y que si alguien que fuese razonable lograra adquirir influencia sobre su ánimo, volvería á ser lo que era: un hombre excelente.

Ceferina no contestaba; la joven se decía para sus adentros: esta infeliz anciana es una buena madre y una honrada mujer de su casa. A su lado viviré tranquila, y bajo su techo nada tengo que temer. ¿ Quién sabe si podrá serle útil? Esta mañana hemos hecho marchar el molino y nadie nos impedirá que continuemos haciéndolo. Nada importa que el trabajo que debe hacer el molinero lo hagamos su madre y yo mientras se entregue la harina y la paguen. El propietario, si recibe una cantidad á cuenta del alquiler, tomará paciencia y poco á poco se

saldará la deuda. Entretanto, Jaime Siblot, viéndonos trabajar, se avergonzará y tendrá que arrimar el hombro. Si, como su madre asegura, tiene buen corazón, lo demostrará dejando de salir mientras nosotras trabajaremos, y la prueba á que hay que someterle no puede ser más fácil y sencilla. Si permite que trabajemos y continúa como ahora, no se podrá esperar nada de él. La madre me ha recogido, él me ha salvado la vida, y debo procurar ayudarles con todas mis fuerzas. Esta tarea que me impongo contribuirá á que mis penas me sean más llevaderas.

Y al interesarse por el hogar á donde la había llevado la casualidad, su resolución le pareció acertada. Aquella criatura que parecía nacida para el sacrificio y la abnegación, apenas se veía libre que ya se encadenaba de nuevo y voluntariamente aun arriesgándose á sufrir más. Dirigiéndose á la madre de Siblot la dijo alegremente:

— En vez de estar aquí sentadas, creo que deberíamos hacer marchar el molino, y si esta mañana hemos trabajado bien, ¿por qué no hemos de continuar? El trabajo no mata, y si nos cansamos un poco, dormiremos mejor...

— Hija mía, no me opongo... Ahí está el río que se encargará de hacer girar la rueda... Ya que está dispuesta, vamos á ello. Yo estoy acostumbrada, y cuando tengamos bastante harina para llenar el carro, yo misma la llevaré al panadero de San Martín.

— Pues podrá ser antes de la noche si el Verpière no es más perezoso que nosotras.

Subieron al molino, soltaron la rueda, y las paletas, al impulso del agua corriente y clara, empezaron á girar. Llegó la noche, y las dos mujeres, después de la ruda labor del día, cenaron frente á frente. La intimidación del trabajo había hecho reinar la confianza entre ellas. La madre de Siblot, tranquila y grave, aceptaba pacientemente los rigores de la vida. Ceferina, viva, ardiente, tierna y apasionada á despecho de sus recientes decepciones, se reconciliaba con la vida. El contraste de sus dos naturalezas las había unido, y al contemplarse tan distintas se observaron con interés. Mutuamente se juzgaron dignas de afecto, y al caer la tarde, la simpatía y la confianza que entre ellas reinaba era completa. Experimentaron tristeza al ver que Jaime no volvía, y se lo confesaron francamente una á otra.

Con la obscuridad reinó el silencio, y permanecieron en la cocina sin encender la lámpara, iluminadas tan sólo por la luna que se alzaba por los cerros de Campardón. Y cuando las nueve dieron en el campanario de San Martín, se acostaron. La madre de Jaime, llevando á Ceferina á una habitación pequeña, de enca-ladas paredes, que comunicaba con la suya, le dió un beso.

— Buenas, noches hija mía — la dijo — si no estuviere aquí todavía estaría más triste. Le doy las gracias por haberse quedado.

— Tenga confianza, tenga confianza... No le ocurrirá nada, y mañana le predicaremos moral.

Ceferina se durmió en cuanto dejó caer la cabeza en la almohada. ¿Qué hora sería cuando confuso murmullo de voces la despertó? Abrió los ojos en la obscuridad, y prestó oído atento. Creyó que oía súplicas á las que respondían palabras rudas, y levantándose vivamente, llena de inquietud, se puso una falda y una chambra y salió de la habitación. A la luz de una linterna puesta sobre la mesa vió á Jaime pálido y con la mirada apagada, á quien su madre procuraba en vano retener. Sordamente repetía:

— Déjeme, madre, déjeme. Es preciso que enganche la yegua al carro... Bernardo esta junto á la compuerta y me espera en la barca.

— ¡ Desgraciado ! — gimió la vieja. — ¿ Cómo quieres enganchar si apenas te sostienes en pie? Y ¿ á dónde quieres ir con el carro?

— Tenemos tres pipas de aguardiente á bordo, y del bueno...

Y sonriendo con satisfacción hizo chasquear la lengua.

— He separado algunos litros para mí... Vamos, vamos, deme la llave de la cuadra...

— No, no la tendrás. Si Bernardo quiere entrar matute, que utilice la barca. Por el muelle es tan fácil como por el camino.

— Pero más largo y más pesado. Vamos, madre, ya hemos hablado bastante. ¡ La llave !

Y al pronunciar estas palabras golpeó el suelo con el pie. En aquel momento avanzó Ceferina llevando una luz en la mano, y Jaime, al querer dirigirse á ella, tropezó y tuvo que apoyarse en la mesa.

La joven sabía lo que era un borracho, pues en el *Sol de Oro* había plantado en la puerta á más de uno : pero al ver á Jaime sombrío, apagados los ojos y temblonas las piernas, se le oprimió el corazón. Acercóse á él y le dijo con suavidad :

— Vamos, vamos, es preciso que obedezca á su madre. Esta noche, lo único que puede hacer es dormir...

Muy turbado, el joven tartamudeó.

— Ceferina... no crea usted... el relente me ha hecho daño pues apenas he bebido...

— Nadie le pregunta lo que ha hecho, — replicó ella con firmeza. — Lo único que su madre le dice es que se vaya á acostar.

— Pero ¿ y Bernardo?...

— Bernardo, si tiene sentido común, hará lo mismo.

— Lo menos que puedo hacer es avisarle...

— No se mueva; yo le avisaré.

— Con todo...

— Vamos, hijo mío, obedece — suplicó la madre. — Ya ves que la entristeces...

— Eso si que no quiero que suceda, Ceferina. Entristecerla no, no, no, nunca...

Y extendió la mano con solemnidad. Ceferina le quitó el capote que llevaba puesto, se lo echó sobre los hombros.

bros, calzóse los zuecos, y mirando á Jaime con autoridad le dijo :

— Pues si no quiere disgustarme, estése tranquilo. Yo me encargo de Bernardo...

El molinero bajó la cabeza y andando pesadamente entró en su cuarto seguido de su madre. Ceferina cogió la linterna, cruzó la huerta, y adivinando mejor que viendo la barca, pues la luna había desaparecido tras negras nubes, gritó :

— ¡ Bernardo ! ¿ Está usted ahí ?

— ¿ Quién me llama ? — gritó el matutero saltando á la orilla.

— Yo, Ceferina...

— ¡ Ah ! ¿ Y Jaime ?

— No vendrá. En el estado que se encuentra no puede hacer otra cosa que dormir.

— ¡ Vaya ! Aun podía ayudarme, pero su madre y usted le habrán obligado...

— Precisamente...

— ¿ Y qué hayo yo con mis pipas ?

— Pues, lo que quiera.

— ¿ Sabe que son para Thiriot ?

— Me importa poco.

— Por lo menos, engáncheme el carro ; iré solo.

— Sí, para que le detengan en consumos.

— El empleado duerme á estas horas.

— Pues vaya usted á hacer lo mismo.

El Nutria juró furiosamente.

— ¡ Ah ! ¡ Malditas mujeres ! — dijo : — cuando la emprenden con un hombre le vuelven más manso que un borrego. Ceferina, esta no se la perdonaré. ¡ Cuerno !

— Buenas noches, Bernardo — contestó Ceferina. — El relente molesta y me vuelvo á casa.

Y volviendo la espalda se encaminó al molino seguida de las maldiciones del matutero que con su barca bogaba por el Verpière.